

INVESTIGACIÓN SOBRE

JESÚS



**¿QUIÉN ERA EL HOMBRE
QUE CAMBIÓ EL MUNDO?**

CORRADO AUGIAS Y MAURO PESCE

Índice

Cubierta

Prólogo

1. Acercándose a él

2. Jesús judío

3. Los muchos aspectos de Jesús

4. Jesús político

5. Es más fácil que un camello...

6. Fariseos y otras polémicas

7. El misterio del nacimiento

8. Virgen madre

9. Jesús y sus hermanos

10. Esos hombres, esas mujeres

11. Jesús taumaturgo

12. Las causas del prendimiento

13. El proceso

14. La muerte

15. La resurrección

16. Tolerancia/intolerancia

17. Nacimiento de una religión

18. El legado de Jesús

19. Nuevos evangelios, antiguas leyendas

Epílogo

Elementos de una investigación

Bibliografía

Agradecimientos

Abreviaturas

Créditos

Prólogo

Muchas preguntas, algunas respuestas

Y vosotros, ¿quién decís que soy?

MARCOS 8,29

Puede que Jesús fuera un enigma hasta para él mismo.

HAROLD BLOOM

¿Hay manera de saber quién era el hombre que hace unos dos mil años recorrió la tierra de Israel, habló a las multitudes, sanó a los enfermos, anunció un mensaje que hasta entonces nadie había concebido y acabó inmolado en un patíbulo infame? El hombre, con su materialidad de carne, sangre, músculos, y la mirada, la palabra, el gesto bendecidor o algunas veces violento, antes de que la liturgia, la doctrina y el mito convirtiesen su memoria en un culto, el culto en una fe y la fe en una de las grandes religiones de la humanidad.

Hasta cierto punto es posible. Nunca sabremos qué aspecto tenía, cuál era el timbre de su voz ni el brillo de su mirada; pero podemos tratar de vislumbrar al hombre en su dimensión histórica, en aquella tierra y aquellos años. Podemos acercarnos a su inmensa figura y tratar de conocerle como era, antes de que desapareciese bajo una gruesa costra de teología.

El diálogo reproducido en este libro obedece a la necesidad y la posibilidad de saber lo que fue Jesús, Yehoshua ben Yosef en la dicción hebrea. Debo agradecer al profesor Mauro Pesce, eminente biblista, catedrático de Historia del Cristianismo en Bolonia y autor del reciente y exitoso volumen *Le parole dimenticate di Gesù*, que aceptase la invitación de un profano como yo para discutir sobre el asunto que conoce tan profundamente. Cuando empezamos a preparar nuestro diálogo, el profesor explicó en estos términos su postura: «Estoy convencido de que la investigación histórica no pone

en peligro la fe, aunque tampoco obliga a creer. Es verdad que a veces pone en cuestión algunos aspectos de la imagen confesional de Jesús, pero esto, más que negar la fe, invita a replantearla. Por otro lado, la investigación también resta crédito a ciertas afirmaciones toscamente antieclesiásticas; lo cual tampoco obliga a tener fe, sino a adoptar una actitud laica más madura».

Le hice preguntas que, como profano que soy, me parecían fundamentales: ¿qué significó la presencia de Jesús en la Palestina de aquellos años? ¿Era uno más de los cientos de predicadores itinerantes, poseídos por Dios, que vagaban por esas aldeas? ¿Fue realmente él y no Pablo de Tarso quien fundó el cristianismo? ¿Por qué casi no ha quedado ningún rastro de esa multitud de «profetas»? ¿Quién se acuerda hoy de Judas Galileo o Teudas el Egipcio? ¿Por qué él, en cambio, logró inculcar a los hombres categorías de pensamiento y sentimientos hasta entonces relegados a las emociones privadas?

También hubo preguntas más corrientes, las que hacemos acerca de cualquier personaje de la historia: ¿dónde nació? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Cuándo nació? Como estamos en el año 2006 de la era cristiana (5766 de la judía), deberíamos pensar que nació en un hipotético año cero. Pero no es así, pues Jesús nació en los últimos años del reinado de Herodes, que murió en el año 750° *ab urbe condita*, es decir, aproximadamente el 4 a.C. De modo que hoy deberíamos estar por lo menos en 2010, si contásemos a partir de su nacimiento; otros datos históricos, difíciles de resumir, desplazan aún más la fecha. Por otro lado, ¿nació en realidad el 25 de diciembre? Eso también es improbable. La fecha coincide aproximadamente con el solsticio de invierno, tras el cual los días empiezan a alargarse; podría decirse que la tierra reanuda su marcha hacia la primavera. Por eso el 25 de diciembre es una fecha preñada de significados astronómicos y simbólicos. Se decía que otro dios había nacido ese día: el misterioso Mitra, divinidad benévola que tuvo muchos adeptos en Roma. El mitraísmo fue una religión que compitió durante mucho tiempo con el cristianismo. Mitra también se ha-

bía hecho hombre para salvar al género humano. Una de las leyendas dice que vino al mundo encarnándose en el vientre de una virgen y dejó la tierra para regresar al cielo cuando tenía treinta y tres años. Más aún: ¿dónde nació? ¿En Belén? Quizá ni siquiera esto sea seguro. En realidad, desde un punto de vista histórico, la hipótesis de un nacimiento en Belén es bastante débil. Solo Mateo (2,1-6) explica los motivos por los que habría sido elegida esa aldea minúscula: en uno de los libros de la Biblia está escrito (Miq 5,1): «Pero tú, Belén de Efrata, / pequeña entre las aldeas de Judá, / de ti sacaré el que ha de ser jefe de Israel». Lo cual hace pensar que el nacimiento en Belén se convirtió en un dato teológico, más que biográfico. Jesús tenía que nacer en esa aldea porque las Escrituras habían profetizado que allí vendría al mundo el rey de Israel. ¿Nacido de una virgen? ¿Cómo se puede explicar, más allá de la fe, algo tan absurdo? ¿A pesar de que los evangelios, en varias ocasiones, hablan de los hermanos y las hermanas de Jesús? La Biblia judía (el Antiguo Testamento, según la denominación cristiana) se ha utilizado en muchas otras ocasiones para dar legitimidad a Jesús. Toda la tradición cristiana rastrea en ella las anticipaciones o las explicaciones de lo que fue su corta y trágica vida, reduciendo así la imponente tradición hebrea (también en el aspecto literario) casi a un mero signo precursor de la novedad que representaba el cristianismo.

Por último, hay otros motivos más circunstanciales para esta indagación, como el intento de entender el éxito de los libros y las películas sobre Jesús y la persistencia de leyendas nebulosas como la del santo Grial, en la que se ha inspirado el escritor estadounidense Dan Brown para escribir *El código Da Vinci*. ¿Cómo se explican las decenas de millones de ejemplares vendidos, si como thriller deja bastante que desear? Personajes recortados como muñequitos de cartón, escritura sin gracia, metáforas insulsas. ¿Dónde está el secreto de este favor sin precedentes? El autor tuvo la astucia, o la suerte, de encontrar un tesoro, quizá sin haberlo buscado siquiera. Ese tesoro era la curiosidad, se podría decir incluso el afán de saber quién fue realmente Yehoshua ben Yosef. ¿Las cosas sucedieron

realmente como en la manida versión de las iglesias cristianas? ¿O una parte de la historia se ha censurado, porque resultaba demasiado difícil encajarla en la narración establecida por la doctrina? Es más, ¿qué saben los cristianos de esta historia? ¿Cuántos de ellos son conscientes de que Jesús llamado el Cristo, es decir, el Ungido, el Consagrado, era ante todo un profeta judío, hijo de esa fe, que cumplía la Torá a rajatabla, hasta en los detalles de vestimenta y alimentación; pero al mismo tiempo profundamente innovador, sabedor de que poseía facultades extraordinarias y ansioso por recibir de Dios indicaciones para hacer uso de ellas?

El cruce de mi curiosidad (o mi inquietud) y la ciencia del profesor Pesce ha dado como resultado este libro. Sepa el lector que estas páginas, comoquiera que las juzgue, están escritas de buena fe.

CORRADO AUGIAS

junio de 2006

1

Acercándose a él

En un ensayo publicado hace poco, titulado *Jesús y Yahvé*, el gran crítico literario estadounidense Harold Bloom escribe: «Yoshua, Jesucristo y Yahvé son tres personajes totalmente incompatibles». Yoshua (o Yehoshua) es el nombre hebreo de Jesús llamado el Cristo, es decir, el Ungido, el Consagrado. Yahvé es el nombre del Dios que aparece en la Biblia hebrea. Un Dios caprichoso, según Bloom, que recuerda un aforismo del oscuro Heráclito: «El tiempo es un niño que juega moviendo los dados: el reinado de un niño». Esta podría ser la respuesta a las cosas absurdas de la vida, una explicación inclemente de las injusticias del mundo, de sus crueldades. Pero me gustaría destacar otra diferencia, otra incompatibilidad, según Bloom, entre Yehoshua y Jesucristo: la que hay entre el profeta judío que recorría la tierra de Israel más o menos en los años a partir de los cuales datamos nuestra era, y el fundador de una religión que por él se llamaría cristianismo. ¿Por qué hace Bloom esa distinción? Uno de los hilos que hilvana este libro es, precisamente, la respuesta a esta pregunta. El lector lo verá aparecer aquí y allá, cada vez que se mencione la compleja doctrina forjada a lo largo de los siglos a partir de la figura de aquel profeta. Pero hay una primera respuesta, inmediata y mucho más sencilla: las diferencias empiezan con la escasez de datos que tenemos sobre el profeta Yehoshua y con su carácter contradictorio.

Por este motivo el diálogo con el profesor Mauro Pesce empezó, de un modo quizá algo ingenuo, con el intento de confeccionar una ficha personal, una especie de carné de identidad de Yehoshua-Jesús: dónde nació, cuándo, de quiénes era hijo, qué idioma hablaba, etcétera. Naturalmente, este «documento» hipotético solo se puede rellenar en parte, pues las fuentes son escasas, están muy alteradas

y, entre otras cosas, plantean complejos problemas historiográficos que no podemos pasar por alto.

Para empezar, en los últimos tiempos ha cambiado el modo de considerar la historia. Cuando abordamos este asunto, el profesor Pesce me dijo: «En las últimas décadas la reflexión historiográfica ha generado, si no desconfianza hacia sus propios métodos, al menos una conciencia más clara de su funcionamiento y sus límites. Como ahora el historiador es pacífico, en sus reconstrucciones incluye su punto de vista, su cultura, unos fines ajenos a los textos y fenómenos observados. Por mucho que procure adaptar su bagaje conceptual al objeto de estudio, pocas veces consigue soslayar el filtro personal con el que estudia las cosas. Si somos conscientes de esto, ¿hasta qué punto podemos considerar fiable una reconstrucción histórica? Hay varias perspectivas sobre el pasado, cada una con su legitimidad, pero ya no hay certezas absolutas».

No obstante, el profesor Pesce forma parte de la nueva corriente de investigadores que consideran posible la reconstrucción histórica con Jesús, lo mismo que con cualquier otro personaje del pasado. Pero las fuentes son especiales, requieren una atención crítica particular y un notable conocimiento de la doctrina, pues la investigación se basa en unos textos plagados de lagunas, contradictorios y manipulados. En cambio, sobre el hombre Jesús y su naturaleza divina existen certezas no solo consolidadas, sino incluso convertidas en dogmas y por lo tanto colocadas al margen de la racionalidad, indiscutibles. Yo estaba convencido de que esto complicaba aún más la posición del historiador. Pero el profesor Pesce en parte me contradijo y me tranquilizó, asegurándome que no atribuye a las concepciones teológicas o religiosas ningún privilegio sobre la investigación histórica: «La teología adolece de la misma debilidad, los teólogos responden a los mecanismos humanos comunes. No existen vías privilegiadas ni verdades absolutas, solo hay perspectivas más o menos seguras sobre las fuentes, más o menos basadas en el método. El teólogo no tiene más certezas que el historiador,

pues la teología es un arte humano y no hay ser humano que pueda librarse de esta condición».

Los documentos, decíamos. Pero ¿cuáles? Al principio, en el primer cristianismo, los llamados «evangelios» eran muy numerosos. Incluso se podría decir que uno de los elementos que distinguían a una comunidad de otra era la adopción de este o aquel «evangelio» como texto de referencia. En un momento dado se decidió escoger algunos de ellos, proclamando que eran los únicos «auténticos», con lo que se excluían los demás. Una decisión sobre la que circulan leyendas fantásticas; por ejemplo, la que menciona Weddig Fricke, que en su ensayo *El juicio contra Jesús* recoge un relato atribuido al obispo Papias (del siglo II), según el cual los Padres de la Iglesia, hacia el año 140, reunieron en una iglesia todos los evangelios y rezaron para que los verdaderos se separaran de los demás y se posaran sobre el altar. Es una leyenda sin ningún fundamento, como otras que tal vez sirvan para inspirar la trama novelesca de un género narrativo que se ha puesto de moda.

«Tampoco tiene fundamento otra leyenda —añade el profesor Pesce— que atribuye al emperador Constantino el canon del Nuevo Testamento. Es completamente falsa, como ha podido demostrar Bart Ehrman, un especialista estadounidense, contradiciendo al famoso novelista Dan Brown.» Sin embargo, abundan los libros que difunden noticias inventadas haciéndolas pasar por verdades históricas. En realidad constituyen una fuente importante de información para un público que no tiene modo de verificar lo que lee. Cabe preguntarse a qué se debe el éxito a veces clamoroso de algunos libros como este. «Mi opinión —contesta Pesce— es que hay un público interesado por los hechos religiosos, pero que se aburre con los libros producidos por la Iglesia, ilegibles para quien no practica esa religión. Eso deja un margen a los aficionados avispadados, que dan pábulo a todo lo que contradiga la verdad oficial de la Iglesia. Por otro lado, también existe una literatura fundamentalista cristiana con relatos, lugares y reliquias igual de falsos.»

Si las cosas están así, podemos hacernos otra pregunta: ¿cómo se

llegó, y cuándo, a elegir los cuatro evangelios que hoy la Iglesia considera canónicos? El profesor Pesce da una noticia que a muchos les parecerá sorprendente: Marcos, Mateo, Lucas y Juan, nombres con los que identificamos los evangelios canónicos, no son los de quienes los escribieron. Proceden de una tradición varios siglos posterior a la muerte de Jesús; en realidad, «ninguno de los cuatro evangelios dice el nombre de su autor». Los motivos por los que se escogieron estos textos, condenando al olvido a todos los demás, son complejos, contingentes, tienen que ver con el tumulto práctico y doctrinal que siempre acompaña el nacimiento y el desarrollo de un movimiento, sobre todo si se proclama inspirado por Dios.

Profesor Pesce, empecemos con una especie de filiación del hombre Jesús llamado el Cristo.

No tenemos esa certeza; sabemos que el nombre Jesús viene del griego y es un calco del nombre hebreo Jeshu, abreviación de Yehoshua. En cuanto a «Cristo», es la palabra griega *krístós*, traducción del hebreo *mashiá*, «mesías», que significa «ungido» y es uno de los atributos que le dan a Jesús. Muchos fieles creen que Cristo es un nombre de persona cuando en realidad es un título que indica una función, la de «mesías». Por lo demás, en la historia de pueblo judío la función de «mesías» se ha atribuido a muchos personajes, desde el antiguo rabino Aquiba, del siglo II, hasta Sabbetai Zeví, que vivió en el XVII.

¿Lugar de nacimiento?

Probablemente Nazaret, un pueblo de Galilea, en el norte de la tierra de Israel. Pero los evangelios de Lucas y Mateo dicen que Jesús nació en Belén, la ciudad de David, de quien el mesías sería descendiente. Según Lucas, Nazaret es el pueblo de los padres de Jesús, que se habían desplazado momentáneamente a Belén para un censo. En cambio, Mateo escribe que a Jesús le llamaban nazareno porque sus padres se quedaron a vivir en Nazaret después de la huida a Egipto. El Evangelio de Juan sitúa a su madre María en

otro pueblo de Galilea, Caná. Los relatos de los evangelios de Marcos, Lucas y Mateo dan la impresión de que Jesús nació en Galilea, seguramente en Nazaret, donde, en todo caso, vivió mucho tiempo con su familia.

¿Fecha de nacimiento?

El Evangelio de Lucas dice que Jesús tenía unos treinta años el año decimoquinto del reinado del emperador Tiberio (año 782 desde la fundación de Roma), cuando se presentó ante Juan Bautista para que le bautizara. Dionisio el Exiguo, un monje del siglo VI, calculó sobre esta base que Jesús había nacido el año 753 desde la fundación de Roma, fecha escogida para el sistema de datación dividido en antes y después de Cristo. En realidad, el Evangelio de Lucas dice que Jesús nació durante un censo romano realizado en la época de Quirino. Algunas investigaciones históricas han descubierto que el censo se efectuó seis u ocho años antes de Cristo. De modo que Jesús podía tener incluso treinta y seis o treinta y ocho años cuando fue bautizado. No sabemos hasta qué punto podemos fiarnos de Lucas, que escribió unos cincuenta años después de la muerte de Jesús basándose en informaciones de terceros.

En su *Vida de Jesucristo* de 1654, el gran Pascal escribió, con un aplomo hoy inconcebible, que el 25 de marzo el ángel Gabriel le hizo el anuncio a María, el 24 de junio nació Juan Bautista, el 25 de diciembre nació Jesús, el 1 de enero le circuncidaron y el 6 de enero los magos llegaron a Belén; por último, el 2 de febrero María fue a purificarse al Templo. La investigación histórica reciente rechaza con bases documentales unas visiones tan simplificadas.

¿Hijo de...?

Hijo de María, sin duda. Si nos atenemos al Evangelio de Juan, Jesús es nada menos que la palabra de Dios que baja del cielo y se encarna en un hombre. Juan, sin embargo, atribuye a José la paternidad física de Jesús. Para justificar el origen divino de Jesús, este evangelio no necesita recurrir al nacimiento virginal. La teología dis-

cutió durante siglos este particular y concluyó que José no era el verdadero padre, porque Jesús, según los evangelios de Lucas y Mateo, nació de un modo milagroso de una virgen gracias a la intervención del Espíritu Santo. Digamos, no obstante, que el padre es José y la madre María.

Tendremos que hablar largo y tendido de las circunstancias de su nacimiento y la compleja doctrina forjada en torno a este acontecimiento a lo largo de los siglos. Por ahora quedémonos en esto: se supone que Jesús fue registrado en Nazaret como hijo de Miriam o María y de José, de profesión carpintero.

Aceptando su paradoja, digamos que los textos señalan a José como padre y a María, con toda seguridad, como madre. El Evangelio de Mateo es el que nos dice que José era carpintero.

Sigamos. Lengua y nacionalidad.

Jesús era judío. En cuanto a la lengua, lo más probable es que hablase el dialecto de su región; es decir, el dialecto arameo de Galilea. Sabemos que acudía a las sinagogas y era capaz de leer los textos bíblicos, de modo que también conocía el hebreo, lengua de la Biblia. La difusión del hebreo no está del todo clara. Según algunos autores, era la lengua común. Otros, quizá de tendencia antisionista cuando no antisemita —a menudo la política confunde estos términos—, tienden a sostener que el hebreo ya no era la lengua hablada. En conjunto podemos describir la situación como multilingüe, lo cual correspondía a cierta helenización de Galilea. Sea como fuere, en los evangelios no hay ningún indicio de que Jesús no hablara hebreo, sino arameo-galileo. Además, es probable que conociera un poco el griego y tal vez algo de latín.

Esta mención del latín introduce en nuestra conversación el dato importante de la situación política de Israel en esos años. Una parte del territorio, sobre todo Judea, estaba bajo dominación romana, mientras que Galilea, al norte, no estaba bajo el dominio directo de

Roma y tenía un rey de la dinastía de los Herodianos. Podría ser excesivo afirmar que era un rey de pacotilla, pero sin duda debía de tener en cuenta el dominio romano.

No cabe duda. Los historiadores discuten sobre las formas y los límites del dominio romano. Algunos tienden a circunscribir la presencia física de los soldados romanos a Galilea. En cualquier caso, todos estos territorios estaban sometidos políticamente al poder romano, y Herodes Antipas era su instrumento. Jesús vivía en un ambiente pluricultural, consciente de la importancia de este dominio. Sin este ingrediente no se puede entender su acción, aunque también es cierto que cuando vivió Jesús, es decir, durante los primeros años del siglo I, no hubo sublevaciones contra los romanos como las que estallaron en los cuarenta años posteriores.

Hace un momento ha dicho usted que el apelativo de Jesús era, en griego, jristós, que traducimos por «ungido». ¿A qué nos referimos cuando hablamos de unción?

En la historia judía antigua había funciones reales o de otro tipo que requerían rituales de consagración. Una de las fases del rito consistía en verter un poco de aceite sobre la cabeza del aspirante. El adjetivo «ungido» pasó después a indicar una función determinada. Creo que en el siglo I de nuestra era y en la tierra de Israel la palabra *mashiá*, «ungido», había perdido ya su significado etimológico. No se usaba para indicar el rito de la unción, sino la función, por otro lado imprecisa y discutible, de mesías.

De modo que cuando llamamos a Jesús mashiá en hebreo, jristós en griego o unto [ungido] en italiano, no nos referimos a ninguna persona destinada a reinar. También podría tratarse de una función preparadora de un reinado o de cualquier otra función elevada.

Ese es uno de los problemas. El judaísmo de la época de Jesús atribuía al mesías una función política, sin duda, pero esta se ejercía de distintas maneras y no siempre directas. En cambio, la función política era evidente en figuras designadas con apelativos claramen-

te políticos, como «rey». Los textos no dicen con claridad si Jesús se consideró alguna vez mesías. Es como si Jesús, que ciertamente se consideraba un enviado de Dios con una misión particular, curiosamente no hubiese escogido este título para sí mismo. Al parecer, prefería otro título, el de «hijo del hombre», quizá con referencia a una figura que se encuentra en el libro de Daniel y en el libro apócrifo de Enoc. Digo «quizá» porque esa definición también podría proceder de otros pasajes de la Biblia, como el libro de Ezequiel, donde se señala la condición de hombre y no de ser sobrenatural. Algunos piensan que, al definirse como «hijo del hombre», Jesús quería decir sencillamente «hombre», es decir, representante y portavoz de la condición humana. Eso mismo afirma, por ejemplo, James Robinson en su último libro sobre Jesús, pero es una opinión controvertida.

Pero algunos de sus primeros seguidores le llaman mesías.

Sí, son más bien sus discípulos quienes le llaman así. Es más, en algunas ocasiones se tiene la impresión de que él trata de impedir declaraciones explícitas sobre su dignidad mesiánica. No es fácil trazar su fisonomía, pues en la literatura del primer cristianismo se le atribuyen otros títulos, como el de profeta e hijo de Dios. Por supuesto hay que interpretarlos con arreglo a las circunstancias históricas y religiosas de la época, no según concepciones cristianas posteriores.

De modo que a pesar de las dificultades, que son muchas, es posible hablar históricamente de Jesús siempre que se tengan instrumentos, un método y una preparación adecuada. Y documentos, por supuesto. Eso debería ser lo principal, dado que hablamos de método histórico: ¿qué documentos nos permiten continuar nuestro diálogo?

Es un aparato complejo de textos. Fuentes que suelen llamarse cristianas o paleocristianas, que incluyen tanto las canónicas como las que después se consideraron apócrifas o marginales. Conoce-

mos una cantidad considerable de evangelios, escritos paleocristianos que hablan de visiones o narran hechos históricos. Debemos remitirnos a toda la documentación paleocristiana de los primeros ciento cincuenta años. Estos documentos deben confrontarse con la documentación hebrea y helenístico-romana de la época. Solo se puede valorar históricamente la figura de Jesús si se enmarca en la estructura cultural de su tiempo. Si nos basáramos únicamente en los cuatro evangelios canónicos, aislaríamos la figura del contexto y la leeríamos a la luz de las teorías posteriores. El gran reto de la investigación histórica consiste en confrontar las fuentes refiriéndolas al contexto arqueológico, político, literario, lingüístico e histórico de la tierra de Israel y del mundo grecorromano del siglo I.

Su respuesta aclara un aspecto, pero plantea un problema distinto. Durante varias décadas la vida y los hechos de Jesús se transmitieron sobre todo de forma oral y esto creó confusión en las fechas de su vida y en la interpretación de los mismos hechos. Hace un momento usted hablaba de fuentes numerosas. Pero, según el canon cristiano, las fuentes del llamado Nuevo Testamento son los cuatro evangelios canónicos, los Hechos de los Apóstoles y unos pocos escritos más, entre ellos varias cartas del cuerpo paulino.

Los primeros grupos de seguidores, desde la muerte de Jesús hasta la segunda mitad del siglo II, digamos que alrededor de los años 150, 160 y 170 de la era común, vivieron sin Nuevo Testamento. En torno a 120-125, Papías de Hierápolis escribió cinco libros titulados *Explicación de los dichos del Señor*, con los que pretendía recoger todos los testimonios disponibles sobre lo que había dicho y hecho Jesús. Se fiaba de las fuentes orales, ya fuera el recuerdo de quienes habían escuchado su viva voz o el relato de alguien que había sido testigo de los hechos; prestaba más crédito a estas tradiciones orales que a los numerosos escritos en circulación. De modo que todavía en la segunda mitad del siglo II había una sólida tradición oral que convivía con cierto número de obras escritas.